

Bajo la piel, Susana Rodríguez Lezaun, Madrid; HarperCollins Thriller, 2021, 446 pp.
ISBN/ISSN: 978-84-9139-559-1

Fuerte y trepidante, el inicio del libro se sitúa en plena persecución de vehículos en la carretera. El berrear del bebé llega entrecortado por la súplica de la mujer que intenta apaciguar al niño mientras piensa en una solución. En uno, la madre y su hijo; en otro, el perseguidor a la caza sembrando odio y miedo. La estrategia de la mujer, oculta en la nocturnidad, obtuvo lo deseado: dejar atrás el vehículo a la zaga para deshacerse de su pequeño sin que vieran dónde lo abandonaba. De vuelta a su muerte segura se lanzó a los dos faros que la apuntaban en la distancia directamente.

Impactante inicio de *Bajo la piel*, para en el segundo capítulo presentarnos al detective. El lanzar tierra en el féretro es traspuesto por la analepsis que nos regresa al pasado, al momento en que su madre la llama para que el médico dé la mala noticia. Una rápida visión del reflejo en el cristal es lo que la autora necesita para darnos lo que debemos conocer de primeras, en: “...*Inspectora Marcela Pieldelobo. Treinta y cinco años. Divorciada. Sin hijos. Destinada en la comisaria de Pamplona desde hacía casi una década...*” [p. 15]. El mismo pensamiento que la devolvió al presente en el cementerio, portando ahora un ápice de tierra húmeda que verter sobre la madera del ataúd. La precisión en lo redactado y los términos escogidos forman una pauta en la escritura.

El reencuentro de los hermanos habla de las exequias que reúne en Biescas a los convivientes del pueblo en honor a la difunta. Susana Rodríguez Lezaun nos lleva a tierras del Baztán. Paso a paso nos presenta a Juan, hermano de Marcela, y a su familia, los sobrinos y la cuñada, al igual que la historia que tras la muerte de la madre había. Olvidadas las primeras páginas y al hilo de los recuerdos de su madre, rememora el escándalo de su marido Héctor y el coste de intentar superarlo hasta la fecha.

Incapaz de seguir en la asfixiante atmósfera de la casa familiar, Marcela vuelve a su vida donde se entreen los vicios en el detective que delatan los años en que suceden los hechos que relata: la ingesta de *Jägermeister*, un alcohol de alta gradación de moda en los jóvenes de hace unos años.

Y en las siguientes escenas la policía entra en acción. Marcela al llamamiento de Bonachera, su compañero, se persona en el barranco al fondo de la carretera donde encuentran un coche estrellado sin más identificación ante “...*el habitual circo forense de tres pistas, desplegado en precario sobre una pronunciada pendiente...*” [p. 33].

Recurso que utiliza para presentar al compañero como “...un estudioso de la muerte. [...] un buen policía, de los mejores que había conocido, aunque el cumplimiento de las normas no fuera su fuerte y estuviera en todo momento en el punto de mira de sus superiores...” [p. 34]. El resto, pruebas que cercioran que no es un accidente de tráfico, sino el caso que debe llevarse la policía. Las hipótesis llegan desde otros compañeros que acompañan el relato en “...eso cree la Reinona...” [p. 35]. La presunción de asesinato empaña la desaparición de una persona no identificada, tal vez dos, a juzgar por la ropa de bebé del maletero.

La notificación de la agente Méndez al detective acercan al lector las respuestas de preguntas no formuladas, en: “...hace dos días, un operario de la depuradora de aguas del valle de Aranguren encontró un bebé en el aparcamiento...” [p. 47]. Los indicios de la escena investigada relacionan al bebé con la persona desaparecida y el rastro de sangre encontrado en el barranco. A la desesperada, la inspectora intenta averiguar si la identidad del bebé puede ser reconocida por los cambios que el tiempo produce en este, sin embargo, “...los primeros seis meses un ser humano cambia más que en el resto de su vida...” [p. 49]. Su mente sigue adelante, le lleva a pensar en la evolución del individuo y en que “...se convertirá en otra persona, alguien a quien se podrá amar u odiar, pero que jamás será el mismo...” [p. 49].

La voz del pasado vuelve en un susurro de versos escritos como recuerdo de su madre obligándole a aprender la lección. Las letras de autores que nada significaron salvo el castigo de memorizar a Lorca, en:

[...] La lluvia tiene un vago secreto de ternura,
algo de soñolencia resignada y amable,
una música humilde se despierta con ella,
que hace vibrar el alma dormida del paisaje [...] [p. 50]

Pero la luz llega al final cuando Bonachera comunica a la inspectora que “...tenemos cita con la empresa que alquiló el Clío siniestrado...” [p. 51] donde se acercarán para hablar con “...Javier Lozano, gerente de AS Corporación...” [p. 52]. Será la confirmación de que una empleada es quien ha alquilado el coche siniestrado, una que no tiene hijos porque está soltera, lo que le llevará a decir que “...en esta empresa, en esta casa, sólo trabajan personas de bien, decentes, comprometidas con el

espíritu de entrega y abnegación del fundador y presidente de la corporación...” [p. 58]. Los datos extraídos en las conclusiones del desayuno tardío hacen que Marcela proclame que “...*apesta a Opus Dei...*” [p. 59].

El dibujo de la identidad de quien llevaba el vehículo es facilitado, Victoria García de Eunate, soltera, perteneciente a una clase social elevada con vivienda propia en “...*una urbanización de lujo anexa a un pequeño núcleo urbano de edificaciones antiguas y caminos sin apenas asfaltar...*” [p. 60]. Un tipo de construcción que hace que solo unos pocos accedan a ellas, convirtiendo las casas y las tierras donde se edifican en un artículo de lujo que solo unos pocos pueden alcanzar. La misma vivienda que ahora, presentes, investigan hasta la llegada del cuerpo de seguridad contratada por los vecinos, los mismos que les recuerdan las pautas a seguir en su trabajo y exigen salgan de la propiedad. La Marcela irreverente planea fuera de tono y exigente, en: “...*lo único que estáis a punto de ver son nuestras esposas en vuestras muñecas como sigáis entorpeciendo la labor policial. [...] No quiero ver vuestra cara a este lado de la verja, ¿queda claro?*” [p. 62].

Mientras anda el caso las directrices que toma varían para tratarse de los cuerpos de Seguridad del Estado; el comisario César Andreu exige a la inspectora que “...*todo lo relacionado con AS Corporación pasará antes por esta mesa, y yo decidiré si es pertinente o no...*” [p. 67].

El proceso de investigación se frena. Rodríguez Lezaun abre la vida privada de la inspectora Marcela en el relato de los indicios que nos llevan hasta ella. Su pasado de joven policía inexperta es el recurso que ralentiza la investigación y la historia central. Los típicos tópicos de la policía novata que se acuesta con el superior al mando, Fernando Ribas, asoman a las letras. Una oscura relación que duró unos meses y que contra todo pronóstico consiguió mantenerse, con posterioridad, en una buena amistad.

La autora nos adentra lentamente en la historia mientras recorre la línea temporal de Marcela, adelante y atrás, a través de la analepsis y el *flash forward* con los que, mientras para la trama, facilita datos necesarios que forman la idea completa de quiénes son los personajes y el modo de actuar ante semejantes situaciones. Ahora, en su presente de ficción, nos muestra ciertas irregularidades en la inspectora que se confirma son un patrón en su manera de actuar y que, como veremos, juegan en su contra para resolver el caso.

El dolor por la muerte de su madre no ha conseguido desaparecer, demasiado reciente todavía. La soledad de Marcela, como buen personaje detectivesco que es, no tarda en presentarse al lector. En la distancia existe alguien que comparte ciertos momentos con ella. Alguien que necesita en ese momento y a quien llama para un encuentro “...*hacía tres horas en un pequeño restaurante que habían convertido en su rincón privado...*” [p. 79], tras lo que llegará la necesaria sutil escena sexual que nos habla de una relación duradera en el tiempo de ambos.

Continúan las trabas en el caso cuando el comisario deniega a la inspectora la firma de los documentos necesarios para proceder con “...*la orden de búsqueda y el despliegue operativo, [...] nadie ha denunciado una desaparición...*” [p. 82], por lo que no pueden ir por ese lado en la investigación de la mujer que conducía el Clío. El mando solo ve indicios que les obligaba a continuar con los cauces habituales. Solo es una traba más que paraliza la investigación.

El relato de novela negra en forma de pasado alcanza al personaje del detective porque “...*no me coges el teléfono, por eso he venido...*” [p. 86]. La apertura de otra trama en la central se irá abriendo camino entre el pasado y el presente de Marcela. Su ex suegra la busca para decirle que “...*¡Ha cambiado! Se arrepiente de todo lo que hizo, es otro hombre...*” [p. 87]; una perorata que ya no cree. Un nuevo parón en el proceso de investigación se produce para comenzar otra historia que narra los hechos de otros personajes cuyo punto de unión es la inspectora. El pasado dibuja al lector la historia de Marcela y su marido en un tiempo perfecto que habla de degradación.

Los pasos del detective ya solo van en relación con los actos que los superiores le permitan dar. Sin embargo, la siguiente parada, aun sin permiso, será la visita a María Eugenia Goyeneche, la madre de Victoria. Del interrogatorio informal conseguido por Marcela sobre su hija y el coche siniestrado solo obtendrá de su realidad creada un tranquilo: “...*Victoria tiene su propio coche... ¿Está bien? Dice que no había nadie allí...*” [p. 93]. Hasta que se produce el acallado “...*No sabe con quién está hablando...*” [p. 97] con el que la madre da paso a la expulsión inmediata de la vivienda sin personal de servicio de por medio ante la pregunta de la inspectora de: “...*¿Quién es el padre de la criatura?...*” [p. 97], la misma que el lector se hace y que quedará sin respuesta. Las puertas se cierran para impedir el final del caso, pero no inducen a dejar de caminar a la inspectora.

Los oscuros contactos nunca se pierden, los mismos que hablan de quién es Marcela. Un Javier Arellano a quien invita “...a una cerveza. Necesito información...” [p. 101], según aparece en el mensaje; otro enunciado que habla de actualidad. Un nuevo frente más abierto en la historia con el que los antecedentes ponen al día al lector en forma de *flashback* como recurso que la autora utiliza para insertar historias paralelas a la central. La voz remite a una conversación robada que afirma que “...estoy al margen de los negocios de mi marido, igual que lo he estado siempre...” [p. 102], con el que nos adentra de nuevo en el pasado.

Un tiempo distinto, pero el mismo bar de reunión con él, ese en el que la clandestinidad era propicia. Directa Marcela interroga, defecto de profesión tal vez, para el que espeta: “...¿Conoces a Pablo Aguirre? El de AS Corporación...” para lo que solo es posible “...La pregunta sería quién no [...] trabajo para él...” [p. 105]. Las líneas por las que se mueve Marcela se corroboran en su adhesión al Opus Dei desde su adolescencia, ese grupo que dice que “...existe, y es más fuerte que nunca. [...] Sus hilos son tan largos, tan diversos y fuertes que me atrevería a asegurar que este país no ha tenido ni un solo gobierno, tampoco en democracia, en el que no tuvieran una presencia directa o, al menos, muy cercana...” [p. 106], datos con los que atrae más si cabe la lectura, creando una mayor intriga con el avance de los hechos.

Y como los favores no son gratis, Marcela a cambio deberá entregar alguna prebenda, esa que la inspectora usa como hueso para tener al sabueso enganchado. Ese al que simplemente lanza el interrogante de: “...¿Recibisteis en la redacción una nota sobre un accidente de coche en Aranguren?...” [p. 107] con el que consigue lo deseado. Pero mientras esperaba surtiera efecto, habitual según la lectura, se escapa a su refugio, una casa en Zugarramurdi, emplazándonos a otro espacio.

Sin cuerpo no hay delito, dice la ley, recurso de intriga que Susana Rodríguez Lezaun utiliza hasta su máxima expresión. Lo mismo por lo que el comisario corta más las alas a la inspectora Pieldelobo, hasta el punto de “...si vuelve a actuar por su cuenta le abriré un parte disciplinario...” [p. 113], como única llamada que la inspectora recoge en su escondite.

En Zugarramurdi se sucede otra historia rodeada de nuevos personajes. Antón, su único amigo allí, es un joven discapacitado que ahora trabaja “...limpiando las hojas de las calles...” [p. 115]. Otro parón en el proceso de investigación para adentrarse en la vida íntima de la inspectora que de primera mano nos dará información sobre ella.

Vuelve la parte central de la historia con “...la denuncia que la familia García de Eunate ha presentado por la desaparición de su hija Victoria...” [p. 121]. Llevan días de retraso, no han movido un dedo en la investigación, puesto que desde arriba no quieren que la inspectora Piodelobo y el subinspector Bonachera consigan resultados y, sin embargo, hay todavía que solicitar hasta el análisis de ADN de la sangre encontrada en el Clío siniestrado y el bebé abandonado en la depuradora. El narrador hace que el lector se plantee ciertos interrogantes, sin embargo, “...me he dado cuenta de que no se ha publicado ni una palabra sobre el bebé abandonado, y apenas unas líneas sobre el accidente...” [p. 123], intenta sonsacar Marcela al superior.

Los casos se le amontonan a Piodelobo, otro todavía no cerrado se persona en su presente. El padre de una joven, borracho, pregunta si: “...¿sabe algo de mi niña?...” [p. 125]. Los males modos son evidentes no solo ante el hombre, sino también en el compañero que desvela al hombre dónde podía encontrarla.

Mientras, mínimos pasos llevan al lector a esclarecer datos en el actuar de Marcela. La autora desvela apuntes de esta mientras crea un paréntesis en el devenir de la historia. El halo de oscuridad de la inspectora Piodelobo se desvela en el mapa que en la piel se dibuja, poco a poco, con tinta negra, en: “...la piel caliente, punzante y electrificada después de haber sido asaeteada miles de veces por una diminuta aguja, era una de las sensaciones más placenteras que recordaba...” [p. 144], un recurso este que la autora utiliza para recrear su historia personal desde su yo adolescente, para contar el secreto tapado con “...excesivo maquillaje que a veces su madre se ponía para estar en casa, el <<lumbago>> que la obligaba a caminar encorvada durante varios días, su constante autorrecreación de que era tan torpe que no hacía más que tropezar y por eso estaba cubierta de moratones...” [p. 147] que ahora se desvela.

Y cuando creíamos que no iba a aparecer, las palabras dicen que “...no había paz en el cadáver de Victoria García de Eunate, como tampoco lo había habido en su muerte, a juzgar por su aspecto...” [p. 167] con el que ya sí es evidente el delito y lícita la investigación. Las mismas preguntas siguen buscando respuesta en el cuerpo sin vida de la mujer.

Los interrogatorios a la familia se suceden, incluso a la hermana que más la conocía, Ana, y que llegaría en las siguientes horas procedente del Madrid, donde residía, lejos del aparente poder de los padres y demás vástagos masculinos. Es ella la única que

facilita datos claros de la vida íntima de su hermana, sabedora de una parte de lo ocurrido. Y cuando todo parece encauzado hacia la posible solución, aparecen en la habitación 513 dos cuerpos sin vida, augurio de lo que puede llegar a ocurrir. Después, persecuciones, intentos de asesinato en un ir y venir de vértigo que no te permitirán que dejes la lectura hasta llegar al final. Un final que promete justicia, aunque no la esperada, que conlleva el anuncio de una futura secuela de la saga.

Ana Marta Jiménez Santalla



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA